

¿«Izquierda» o «derecha» por obligación?

Pablo López

Doctor en Filosofía.

Miembro del Instituto E. Mounier.

Las supuestas evidencias se acaban disolviendo. Entonces cabe encontrar un pensamiento y un lenguaje más fidedignos. Los calificativos «derecha» e «izquierda», tradicionalmente más proclamados que definidos, se someten en la actualidad a numerosos intentos de definición o redefinición que reflejan la honda crisis en la que han varado. Después de su habitual empleo en la airada confrontación política muestran su arbitrariedad y confusión en un momento de general reexamen de conceptos e ideologías políticas. Destinados más bien a localizar al enemigo que a expresar la propia visión, se nutren del demonizar al contrario y del autoerigirse, sin muchas explicaciones, en el lado de los «buenos». Por suerte hay alternativas para manifestar sin excesivas complicaciones los indudables pluralismos y antagonismos de la vida política. Las analizaremos tras sopesar algunos ejemplos representativos de redefinición y realizar una crítica de dichas etiquetas.

I. Algunos intentos de redefinición

Prácticamente ninguno de los sostenedores actuales del binomio «derecha»-«izquierda» se sitúa en las concepciones de los denominados «clásicos» de sendas corrientes. Sin abjurar de ellos asumen la necesidad de actualizarse a fondo. Por otro lado, son más bien los que aún se dicen de «izquierdas» quienes suelen aferrarse más a esta terminología y quienes hoy sienten una mayor urgencia de redefinición, suponiendo que alguna vez existió una definición clara y aceptada. De ahí que en pro de la concisión prefiramos revisar ahora dos autores contemporáneos, inmersos en

dichos conatos de redefinición de la «izquierda», y, por oposición, de la «derecha».

Del ámbito nórdico válganos el alemán Peter Glotz («La izquierda tras el triunfo de occidente»). En sus doce tesis del ideario del venidero «libertario de izquierdas» sólo tres de sus enunciados son asimilables a lo que siempre ha parecido de «izquierda», los referentes al «pensamiento progresivo», al Estado social y al trabajo. Pero las respectivas glosas dejan más de una vez perplejo, como ante el concepto de «progreso», vago por antonomasia, que Glotz confía a las élites, contraviniendo los valores de igualdad y de clase popular. El resto de las tesis no constituyen una auténtica renovación específica de ideología alguna, sino una serie de lugares comunes compartibles por una gran diversidad de corrientes (ecología sostenible, mejores servicios en las ciudades, independencia y variedad cultural, etc.) o, incluso, característicos de lo que se ha llamado «derecha» (importancia capital del empresario emprendedor).

Del lado meridional de nuestra órbita económica y cultural (en el auténtico Sur esta dicotomía resulta una extrapolación aún más artificiosa) viene a ser muy representativo el italiano Norberto Bobbio («Derecha e izquierda»), cuyo paladín español es Gregorio Peces-Barba. Primero, Bobbio repasa argumentos contrarios a la diáda: la muerte de las ideologías; la complejidad y la transformación creciente de la política y de la sociedad; la debilidad de cada uno de los dos términos al desautorizarse su opuesto; la coincidencia de fondo entre «derecha» e «izquierda». Con Bobbio coincidimos en que las ideologías, y su diversidad de doctrina, si-

guen vivas, pero la díada no es la única manera de reconocer tal pluralidad, aún cuando se admita la pluralidad y la relatividad dentro de cada polo del binomio. Antes bien, restringe la pluralidad simplista y maniqueamente. Ante la complejidad y el cambio acelerado de lo sociopolítico el senador italiano no aporta un argumento específico. Lo cierto es que lo complejo y lo profundo del universo político no se dejan entablillar, ni antes ni ahora, de manera tan simplificada y difusa. Bobbio tan sólo pretende responder flexibilizando la díada al exponer el «centro» como un «tercero incluido» y después, en vez de un argumento general, se limita a dar el ejemplo de que hay «verdes» de «derecha» y de «izquierda». Pero en lógica elemental el centro es lo que no está ni a la derecha ni a la izquierda. Luego en la díada política «derecha»-«izquierda» el «centro» se disuelve.

Más adelante Bobbio acusa de querer ocultar la propia debilidad a los que no aceptan la díada, destacando entre ellos a la «extrema derecha». No es descartable que algún grupo responda a dicho propósito desde posiciones en declive. Pero Bobbio debiera aceptar que, al menos algunos de los que están en desacuerdo con él, hablan con argumentos sólidos y sin nada que ocultar. Ahora bien, pertenece a la psicología de los irreductibles de la etiqueta el tildar con el término opuesto al considerado propio a todo aquél que argumente en su contra, por más que éste aclare, razone y actúe de modo que no merezca tal encasillamiento. El «izquierdista» necesita saber que todos los que no están con él, son de «derecha», y viceversa. Puede incluso arguir que negar el binomio obedece a una relajación de los ideales, que él estima coto exclusivo de su sector, y, por tanto, a un miedo a tales palabras y a lo que éstas representan. En cambio, el miedo a no poder categorizar el mundo político y a no saberse con rotundidad en el bando de los «buenos» se prueba en quien, sin tener el correspondiente concepto mínimamente claro y distinto e incluso admitiendo a veces la precariedad actual de los dos términos, se abraza a ellos como al símbolo de su religión. Por lo demás, el profesor italiano pospone el dar respuesta a la denuncia recogida de que

«derecha» e «izquierda» sostienen finalmente lo mismo. Quienes por ambas partes insisten en salvaguardar esta nomenclatura y la supuesta diferencia neta entre los dos polos, de continuo *se confunden y nos confunden*, por encima de la habitual humana incoherencia, en sus acciones y justificaciones. Piénsese, por poner un caso, en que durante el desmoronamiento de la Unión Soviética la «derecha» o polo «conservador» era el comunismo, mientras que la «izquierda» o «progresismo» era el capitalismo. La cuestión que analizamos, no es una logomaquia o simple guerra de palabras, sino que proyecta toda nuestra visión y quehacer ante la problemática sociopolítica. Así, por ejemplo, la negación de esa coincidencia de fondo, y más que de fondo, bajo la feliz apariencia de amplia pluralidad y tenaz oposición nos hurta el verdadero pluralismo, pues nadie ha de salirse de los parámetros de la dualidad consagrada. El esquema «izquierda»-«derecha» constituye una forma implícita de teoría de «muerte de la ideologías». Y quede claro que la convergencia no es a posteriori por efecto de una moderación de las posturas originales (fenómeno verificado, mas como consecuencia), sino que procede de una común base iluminista, como se verá. El ejemplo paradigmático de exigua pluralidad, magnificada por el discurso institucional desde su nacimiento es el de los EE. UU.

Bobbio también expone otras propuestas de interpretaciones-justificaciones de la díada. El resultado es elocuente: ninguna prácticamente coincide o se acerca a las demás. En general, consta que el pueblo, más allá de los tópicos de costumbre cada vez menos acreditados, contempla con semejante borrosidad y dispar arbitrariedad el extendido binomio, por más que Bobbio quiera ver dudosas las encuestas. La progresiva descreencia popular hacia el mismo como eje de toda la política precipita sobre una desconfianza generalizada hacia la entera política. Por su parte, Bobbio presenta sus criterios de discernimiento: la igualdad y la libertad, combinadas con un grado mayor o menor de moderación o extremismo. De ahí resultarían: una «extrema izquierda», de los igualitarios y autoritarios; un «centro izquierda», de los igualitarios y libertarios;

un «centro derecha», de los libertarios y no igualitarios; y una «extrema derecha» de los antiliberales y antiigualitarios. Por más que Bobbio reclame la ecuanimidad y la objetividad de este cuadro, se echa de ver cómo sitúa los dos valores claves sólo en el grupo que él considera suyo. No se trata de ser en abstracto más o menos proclive a la libertad y a la igualdad, sino que todo depende de qué se entienda por tales conceptos. En principio, al igual que Bobbio, casi cualquier teórico afirmaría para su doctrina valores tan halagueños. En segundo lugar, después de tanto defender la distinción «derecha»-«izquierda» las mejores «derecha» e «izquierda» que conoce, las únicas para él democráticas, son las que adjetivan el sustantivo «centro», que por definición, ya lo hemos advertido, expresa lo que no es ni izquierda ni derecha. Es como definir lo masculino y lo femenino por lo neutro. De otro lado, tomando el «centro» como signo de moderación, observemos que la tendencia de los partidos o coaliciones gobernantes en países que proclaman la democracia, es la de hacerse considerar de «centro». Y en comparación con los regímenes marxistas o fascistas pueden resultar moderados, pero en sí no son nada igualitarios y menos liberales con las restantes tres cuartas partes de la humanidad. Ante ciertas injusticias la moderación es tibieza, cuando lo propio es ser radical, o sea, ir a la raíz.

II. Crítica sistemática a la etiqueta

La insolencia terminológica del binomio no implica una falta plena de connotaciones recurrentes, que a modo de tendencias predominantes muy aproximativas podemos revisar junto a la praxis y a las confusiones que ha llevado parejas. Si algo ha significado, ha sido lo siguiente, aunque esto conduzca a enormes imprecisiones y manifieste la desarticulación entre sus niveles. No se puede aclarar mucho lo intrínsecamente confuso.

«La izquierda»: lo presupuesto. (1) La igualdad y la libertad se conciben desde una tendencia colectivista. (2) El hombre se considera bueno por naturaleza y sólo la estructura social le perverte, por lo que basta corregir ésta. (3) Laxi-

tud o relativismo en la moral privada, pero compromiso disciplinado y lucha por el cambio social de estructuras. (4) Internacionalismo basado en la lucha de clases y el proletariado como sector-vanguardia. (5) Certidumbre sobre el éxito futuro, de suerte que todo el que se oponga o tenga otra línea es un «reaccionario».

«La izquierda»: lo realizado. (1) El estatismo, en la versión marxista o en la parlamentarizada socialista. (2) El capitalismo de Estado. (3) El nacionalismo como fruto del estatismo. (4) Desarraigo de la cultura tradicional y masificación del tejido social (conducente a la atomización del mismo).

«La izquierda»: lo confundido. (1) El Estado con lo público. (2) Un abstracto bien del pueblo con el bien del individuo. (3) Las justas reivindicaciones del movimiento obrero con falacias propagandísticas pseudocientíficas. (4) La falsa liberación de la mujer con el asesinato del ser humano en estado embrionario (también gran parte de la «derecha»).

«La derecha»: lo presupuesto. (1) La igualdad y la libertad concebidas desde la tendencia individualista. (2) El hombre se afirma radicalmente egoísta, pero del libre desenvolvimiento de tamaño egoísmo puede beneficiarse toda la sociedad. (3) Cierta puritanismo privado y rienda suelta al egoísmo «legal» en lo social. (4) Nacionalismo y corporativismo de intereses económicos y la burguesía como la clase protagonista. (5) Rechazo como «subversivo» hacia todo lo que atente contra el «orden» y el «status quo» burgués.

«La derecha»: lo realizado. (1) El capitalismo de privados, en sus fases mercantilista, industrial y financiera-multinacional. (2) Fortalecimiento tendente al monopolio de oligarquías supranacionales. (3) Desarraigo de la cultura tradicional y atomización del tejido social (conducente a la masificación).

«La derecha»: lo confundido. (1) El mercado con lo público. (2) El bien individual con el so-

cial, o sea, el bien del capital con
(3) Una opción política partidista
cia económica. (4) La defensa de
el patriarcado machista.

Resulta obvio que para esta
seguido una cierta identificación
habituales algo más definidos («
mo» o «liberalismo», aunque tan
sables en cuanto a su coherencia y significatividad. Ante la presente crisis ideológica y electoral de los llamados «socialismo» y «comunismo» (por no hablar del muy minoritario «anarquismo») algunos prefieren parapetarse en la general inconcreción del decirse de «izquierdas», a la vez que reniegan del comunismo marxista y de la socialdemocracia, quedando así en un limbo de los justos etéreo en cuanto a la clarificación del propio proyecto político. Entonces viene a ser aún más decisivo un lema electoral del P.S.O.E. en su última campaña: «¡Ser de izquierdas es ante todo no ser de derechas!». Esto es «la importancia de llamarse Ernesto».

Ahora bien, si escabroso resulta definir el binomio en los dos siglos de historia de su empleo, buscarle antecedentes históricos o teóricos que confirmasen su solidez, nos sume en la total penumbra de la ambigüedad y del anacronismo. Lo único incontrovertible es que el origen histórico de este par de términos opuestos estribó en dónde fueron a sentarse las señorías parlamentarias de la Revolución Francesa. ¿Acaso marcaron los respectivos bandos franceses los dos modelos imperecederos de identificación política para toda cultura y situación? Más bien, tal dualismo surge de un mismo magma de pensamiento maniqueo e impreciso, como todo lo prometeico y muy prometedor, el de la Ilustración. Unos desarrollaron más el aspecto del ideal del «progreso» indefinido y el de la igualdad social, mientras que otros se centraron en el predominio de la igualdad individualista y de la burguesía y su poder, el dinero, pero todos proceden del iluminismo, de manera que sus únicos precedentes son los de «las luces». Esto hace que bajo una y otra bandera haya una base común que acaba aflorando en la praxis. La base común predominante que invalida la capaci-

los términos puede
compensación entre lo
entre la moral pública
homización y masifica-
social. (3) Tendencia
imperio del capital o
(4) Maniqueísmo
convivencia política se
enemigo. (5) Encen-
cismo empujamiento hacia unos símbolos, una estética y una mitología (el héroe rojo, el empresario emprendedor, etc.). (6) Desarraigo de tradiciones culturales y principios morales en favor del Estado o del «Mercado» y, paradójicamente, de cara a los intereses inmediatos perspectiva nacionalista propia de la «modernidad». (7) Ambigüedad y estilo de arenga.

III. Alternativas

Generalmente la nomenclatura y la clasificación de ideologías que proponemos, consta de elementos conocidos, pues no se trata de crear un esperanto politológico. Mas para entrar seriamente en una consideración de alternativas conviene reparar en los niveles que fundamentan y constituyen una ideología o ideario político. Primero, la concepción *ético-antropológica*. Por ejemplo, se puede valorar al humano como irremediabilmente egoísta de raíz (Maquiavelo, Lutero, Adam Smith, etc.), como bueno por naturaleza (Rousseau, Marx, etc.), o como bueno de partida y muy mejorable, pero con una propia tendencia a poder desviarse (humanismo cristiano, etc.). En segundo lugar, *la intención político-moral*. Cabe, por ejemplo, optar preferentemente por los pobres o por la defensa corporativista, partidista o de grupo social. Tercero, *los medios legislativos y prácticos*, de economía y otras técnicas. Aquí se plantearía el grado de intervención estatal y la misma existencia del Estado, y el campo de acción de los oligopolios so capa de «libre mercado». En este nivel se empieza a descubrir lo impropio de reunir bajo la misma etiqueta de la «izquierda» a marxistas y a anarquistas, no obstante compartieran la Primera Internacional por tener un enemigo común. Los primeros promueven el colectivismo y, al margen del paraíso terre-

ANÁLISIS

nal que sueñan, el estatismo. En tanto, los segundos exaltan al individuo y la muerte del Estado. En apariencia el anarquismo coincidiría así con el liberalismo económico.

Las ideologías pueden contemplarse dispuestas en una circunferencia con la siguiente proximidad entre ellas: marxismo y otros colectivismos—socialdemocracia—anarquismo y «socialistas utópicos»—iusnaturalismo personalista—liberalismo político—liberalismo económico (que entraña una visión antes política que científica)—tradicionalismo romántico y tribalismo—fascismo—oportunisto autocrático o gregario—y de nuevo enlace con el marxismo... Por supuesto tal presentación es muy matizable y tal vez controvertible, pero puede servir de punto de partida de un reordenamiento ideológico. Los términos empleados son bien conocidos, aunque no todos bien comprendidos generalmente (piénsese en «iusnaturalismo», por ejemplo). En todo caso, este artículo no puede extenderse en una explicación de cada uno de los conceptos enunciados y de sus relaciones. Por ahora basta la propuesta: sencillamente que en lugar del lenguaje simplista, antagónico y muy ambiguo («derecha», «izquierda» y sus concomitantes «facha», «rojo», «reaccionario», etc.) se emplee *una terminología que precise al menos la general ideología o doctrina con la que se comulgue*, la cual podría ser una de las nueve propuestas u otra nueva o desapercibida.

Aunque nuestro deseo sería concretar incluso un bosquejo de programa político de acción para mostrar un discurso coherente que claramente escape al encasillamiento «izquierda»—«derecha», remitimos para otra ocasión dicho bosquejo. En realidad, cualquier programa bien analizado, más allá de su componente retórico o electoral, desmiente el encasillamiento. En cambio, hemos de redondear la exposición, aun de forma concisa, presentando en orden *las auténticas alternativas cruciales y básicas* ante las que debemos situarnos para asumir con consciencia una de las ideologías, con sus tres niveles respectivos de fundamentación y estructuración. Sin duda son alternativas ante

las que cualquier ciudadano puede llegar a definirse, pero requieren pensar algo más que para decirse de «derechas» o de «izquierdas». Hoy en política es urgente pensar más y hablar menos. Así nos sentiríamos mejor dispuestos a ser políticamente activos y vencer la general apatía.

Ante todo hay que discernir el origen del valor social del derecho y de la sociedad misma. Son tres las opciones, la iusnaturalista (Platón, Aristóteles, Sto. Tomás, etc.), la contractualista (Hobbes, Rousseau, etc.) y la pragmatista (Hume, etc.). También es fundamental definirse como auténtico demócrata (vivencia de los valores democráticos, participación ciudadana, etc.) o no democrático (autocrático, plutocrático, etc.). Otra cuestión decisiva es si estamos con los débiles y desde los débiles o bien con los fuertes y sus coartadas. A continuación es ineludible decantarse por el colectivismo (estatista o bien comunista), por el individualismo (corporativista o bien atomizante), o por el personalismo comunitario. Aplicando estos modelos de articulación social a la vida económica resultan las opciones de la planificación estatal o capitalismo de Estado, del liberalismo económico (hoy capitalismo financiero, tecnológico y de multinacionales), y de la autogestión comunitaria y federada. La sexta clave de discernimiento pone de relieve la imbricación existente entre todas ellas. En efecto, en cada una de las claves cabe rastrear una opción humanista de partida o bien una postura gregaria en función de un nacionalismo, de un racismo o de un desorbitado ecologismo o un cientifismo que cosifiquen al humano como un elemento más de la naturaleza o del mundo fenoménico.

En definitiva, quede al menos claro que *por obligación no hemos de clasificarnos ni dejarnos clasificar como de «derechas» o de «izquierdas»* y que quienes todavía gustan de tales calificativos, tienen *graves dificultades para justificarse*. Y sobre todo resalte vehementemente la invitación a *pensar y repensar la cosa pública y nuestro personal compromiso en su construcción*.